A Gregorio Prieto
y a
Rafael Alberti

Los dos, buenos pilotos del aire, subiríamos
sobre los aviones del sueño: al alto soto
de la gloria, y al mundo, príncipes, bajaríamos
el mirto y el laurel, la palmera y el toto

Descender ya —¡qué dulce!, ¡los héroes!—, coronados
por los lampos celestes sobre el carro del trueno
con estrellas los fieros pechos condecorados,
al mar de nuestra vida, ya esmeralda y sereno

Y recordar el toque final de la retreta,
la clara faz del alba, su voz hecha corneta
de cristal largo y fino, en la antigua mañana

que zarpamos del mundo sobre la cría del viento
y entramos en los cielos del estremecimiento
bajo los gallardetes rosas de la diana

(Del libro *Marinero en tierra,* Premio Nacional de Literatura 1924-1925.)